

ARZOBISPO
Braulio Rodríguez Plaza

Carta semanal

Navidad

23 de diciembre de 2007

En la medianoche del 24 al 25 de diciembre, los cristianos celebramos ya la conmemoración del nacimiento de Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios, que es verdaderamente hombre. Ese es el contenido de esta fiesta. Todos los días y en todo momento la venida de nuestro Señor y Salvador, nacido de una madre virgen, seduce el alma de los fieles que reflexionan sobre las cosas de Dios. Pero nada acapara nuestra atención tan constantemente y con tanta fe y alegría como este misterio: Dios, hijo de Dios, engendrado desde la eternidad por el Padre y a la vez nacido de un alumbramiento humano. Hoy debemos contemplar de forma especial este nacimiento, que ha de ser objeto de adoración en el cielo y la tierra.

Nos apena y mucho que tantos den a la Navidad otro sentido muy diferente, ocultando su sencillez y su alegría humilde, que da paso a un deseo de fraternidad y acogimiento entre nosotros, porque Él nace para todos. Nos entristece, además, que la Navidad sea ocasión de escándalo y gasto innecesario y que hagamos sufrir a los más pobres, que apenas tienen lo imprescindible para vivir, derrochando lo que valdría para socorrer necesidades; todo lo cual es una injusticia.

Pero no podemos ocultar que la fiesta de este día de Navidad renueva en nosotros la venida al mundo de Jesús, nacido de la Virgen María. Y es que, mientras adoramos el nacimiento de nuestro Salvador, celebramos a la vez nuestros propios orígenes. El nacimiento de Cristo constituye, en efecto, el origen del pueblo cristiano, y el aniversario del nacimiento de la cabeza (Cristo) es también el aniversario del